

¿Blogo ergo sum?

Soy, en buen medida, la misma prosa que escribo. Me despliego en períodos y párrafos, me coloco puntuación (...). Siempre seré de la Rúa dos Douradores, como el resto de la humanidad. Siempre seré, en verso o en prosa, un oficinista. Siempre seré, en lo místico y en lo no místico, local y sumiso, esclavo de mis sensaciones y del momento de tenerlas (...). Mi pasado es todo aquello que no conseguí ser (...). Vivir una vida desasosada y culta, al relente de las ideas, leyendo, soñando, y pensando en escribir, una vida suficientemente lenta como para estar siempre al borde del tedio. (Bernardo Soares)

Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*

JUSTO SERNA es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Valencia y se ha especializado en Historia Cultural. Especialmente interesado en la relación historia y novela —Pasados ejemplares. Historia y narración en Antonio Muñoz Molina (Madrid, Biblioteca Nueva, 2004)—. En colaboración con Encarna García Moneris publicó Nuevos ensayos civiles (Madrid, Espasa, 2004), antología de los mejores artículos de Joan Fuster, acompañada de una sólida introducción al escritor valenciano. Ha publicado ensayos en algunas de las principales revistas culturales españolas: Claves de razón práctica, Pasajes, Cuadernos de Pedagogía, Lateral, entre otras. El 19 de enero de 2005 puso en marcha su blog: <http://justosema.bitacoras.com>

Sobre la utilidad y perjuicio de las bitácoras para la vida... electrónica

1. «Merriam-Webster, editor de diccionarios y textos de referencia, selecciona cada año una lista de las diez palabras más destacadas», leemos en *El País*. Son voces «ligadas a hechos noticiosos que han estado en boca de todo el mundo durante los últimos doce meses». Pues bien, «según informa CNN, el primer puesto de la lista de 2004 lo ocupa *blog* (...)». La compañía estadounidense elabora esta lista utilizando los datos de búsquedas realizadas por los internautas en todas sus páginas web. Desde la empresa se afirma que normalmente se buscan palabras raras cuyo significado no es muy conocido, pero que en muchos casos el objeto de las dudas es una palabra que aparece en los titulares de las noticias. Tras reunir esos datos, *blog* queda situada en el primer puesto de la lista de palabras más populares o destacadas del año. Le siguen *incumbe*, *electoral*, *insurgente*, *huracán*, *cicada* —un insecto—, *pelotón*, *partisano*, *soberanía* y *defenestración*». Llama la atención que las voces más buscadas sean precisamente éstas, que las palabras más populares, las que suelen aparecer en los titulares de las noticias sean dichos vocablos... «En 2005», concluía *El País*, «la palabra *blog* figurará en la undécima edición del diccionario Merriam-Webster».¹ ¿Con qué acepción? Merriam-Webster nos avanza su breve definición señalando que por *blog* [contracción de *Weblog*] se entiende «a Web site that contains an online personal journal with reflections, comments, and often hyperlinks provided by the writer».²

Retengamos esa definición y ese rótulo, que en castellano se suele traducir como cuadernos de bitácora o, simplemente, bitácoras) y reparemos brevemente en otro hecho, en su trascendencia.

Por alguna razón, los *blogs* se ven como una auténtica evolución informativa dentro de la gran revolución electrónica que significa la Red. En «Web of Influence», un artículo aparecido en *Foreign Policy*, Daniel W. Drezner y Henry Farrell, profesores de Ciencia Política de las Universidades de Chicago y George Washington, respectivamente, subrayan el impacto global que supone la proliferación de las bitácoras.³ ¿Por qué razón? Porque pondrían en conexión a miles, a millones de usuarios, que vuelcan en Internet datos, opiniones, una densa red de informaciones que fluyen y a las que se podría acceder desde una miríada de terminales, nódulos de un tejido vastísimo. Tanta es su trascendencia que Drezner y Farrell hablan de los *blogs* como fuentes de verdad frente a la mentira o a la manipulación política que algunos Gobiernos practican, particularmente los de los Estados dictatoriales, o frente a la *agenda* censurada de los grandes medios de comunicación, empresas con intereses económicos a preservar. Tanta es su repercusión que los responsables de la edición española de la revista *Foreign Policy* anuncian en portada el ensayo reproducido de Drezner y Farrell con el título, quizá exagerado, de «Los *blogs* cambian el mundo».¿ Mero reclamo editorial?

2. Hay, por supuesto, en ese titular una hipóbole mercantil, el deseo de captar la atención del lector, pero hay, sobre todo, una descripción exacta de lo que muchos piensan sobre la transformación de la Red y de sus flujos informativos. Los periódicos *online* todavía serían restos o copias o pálidos reflejos de sus homónimos de papel, hechos con los mismos vicios adquiridos: la fragmentación del mundo y la ubicación de las noticias de acuerdo con secciones que predeterminan el sentido y la vecindad de los sucesos; el sometimiento de la información a los dictados comerciales de la publicidad; las colusiones político-mediáticas, camaraderías o enemistades en virtud de la influencia o la cooptación; el acatamiento a la autoría prestigiosa, aquella cuyas opiniones se atienden por la firma, al margen del valor de sus diagnósticos. Etcétera,

etcétera. En cambio, se arguye por sus máximos defensores, los *blogs* acabarían con una parte sustancial de las inercias y las corrupciones toleradas e incluso invisibles de esos periódicos.

Hemos de convenir que, en efecto, las bitácoras no son algo despreciable: son un medio de comunicación verdaderamente interesante: ofrecen la posibilidad de expresarse, de enjuiciar, de examinar el mundo así, a bote pronto, al calor de la actualidad, según el instante mismo en que ocurren las cosas y en que son observadas. Alguien, un espectador, asiste al escenario contemporáneo desde un observatorio que es local y, a la vez, universal, y lejos de reservar para sí lo que ese espectáculo le causa lo pone por escrito al alcance de todos. Se muestra, pone al servicio de sus lectores lo que juzga o cree o sospecha. Los visitantes o usuarios de esos cuadernos de bitácora pueden, a su vez, dejar sus propios comentarios, palabras volanderas que tienen que ver con lo que el responsable del *blog* ha puesto o con lo que el asunto tratado le provoca. La ventaja de este medio es que transmite información, pero también opinión, puesto que nos alerta sobre lo contemporáneo más allá de los criterios generales: es siempre un individuo el que se manifiesta y no una empresa de comunicación. Ahora bien, justamente porque son una especie de diarios personales expuestos al público es por lo que el responsable del *blog* no necesita —ni tiene por qué— acreditar esas noticias de las que da cuenta, esas informaciones que comenta: simplemente proporciona algún dato bruto de la experiencia y sobre ese asunto enjuicia. Sus visitantes, es decir, los comentaristas que opinan sobre las ideas del *blogger*, además, pueden muy bien expresarse sin identificarse. Lo usual es precisamente eso: que los usuarios que frecuentan este o aquel *blog* depositen sus palabras emboscándose tras un *nick*. ¿Cuál es el resultado?

Por un lado, permite que lo que se evalúa por los otros lectores sea la pertinencia o impertinencia de una opinión, la justeza o no de unas ideas, no el respeto que merece un nombre. Al adoptar *alias*, las palabras corren anónimamente y eso permite una gran libertad de opinión, exorciza los miedos, pero facilita también la irresponsabilidad. Es probable que juzgar sin tener que avalar esas palabras con un

nombre propio tenga un gran valor terapéutico y liberador para muchos en la medida en que la audacia expresiva o la temeridad verbal sin censura desinhiben. Pero no es menos cierto que las máscaras, las máscaras de que se valen los internautas permitan las osadías, los infundios, el ruido informativo, las calumnias. Dicho de otro modo, el anonimato en la Red, en los *blogs* pueden elevar a la máxima categoría el chismorreo irresponsable, el cotilleo, el amarillismo.⁵ ¿Son el chismorreo y el infundio algo contrario al periodismo? Hemos de admitir que forman parte del periodismo..., en su página más degradada y que, por tanto, el ruido, el libelo, la calumnia, también son tretas de los profesionales, tristes ardidés, si se quiere, pero malas mañas que lamentablemente se dan en la historia profesional y que los usuarios de las bitácoras no inventan. Sólo la autorregulación, la fiabilidad, la prueba y el crédito que depositemos en éste o en aquél permitirán establecer una jerarquía de credibilidad. Lo curioso, sin embargo, es que a la postre volveremos a los criterios de selección que emplean los periódicos, como volveremos también a los criterios de discriminación que utilizamos para confiar o no en este o en aquel medio: el autor que se responsabiliza. Permítaseme recordar algo archiconocido, pero que aquí, en el dominio de la *blogosfera*, es pertinente repetir.

El autor es una categoría histórica, una función que se adosa a la obra bajo la forma de nombre, de firma, y que nace con la modernidad, el momento en que se desarrolla el individuo como ente autónomo, portador de derechos que lo preservan y que hace valer ante el Estado o ante los que le amenazan. Es convencional admitir que desde Descartes el individuo se constituye como sujeto capaz de conocerse (*cogito ergo...*) y de discernir el mundo que le rodea. Ese sujeto humano partiría de una evidencia que la duda metódica no cuestiona: la de la continuidad de sí, la de su coherencia, la de la permanencia del yo. Partiendo del nombre propio se crea y se sedimenta un ser con pertenencias congruentes, sucesivas y que lo configuran como una totalidad trabada internamente. Por eso, con la modernidad triunfa el individuo reconocible, el inventor, el autor, el héroe al que se atribuye una idea o una proeza, el hombre dotado de atributos, la persona con capacidades que dan

sentido a cada una de sus acciones. Por eso, el creador en cualquier ramo de la actividad humana, al reconocerse como tal y al esperar que los demás lo reconozcan, firma sus obras y las toma como expresión de sí mismo. Por eso, la biografía o la autobiografía, pero también la propia novela, habrían sido los géneros modernos por antonomasia, gracias a los cuales un yo aparece ante el mundo constituyéndose coherentemente. Internet ha puesto en cuestión esta idea arraigada. Se preguntaba Hubert L. Dreyfus en qué reside el atractivo de la Red. «¿Dónde está el encanto de poder divagar hasta entrar en cualquier ámbito, sin importar cuán trivial pueda ser?», insistía. «La causa de esta adicción», se respondía, «estriba en que el espectador anónimo *no asume riesgo alguno*». Las personas, añadía, «mantienen todas las posibilidades abiertas, no tienen identidad fija que pueda ser amenazada por la decepción, la humillación o la pérdida», la decepción, la humillación o la pérdida que es siempre vivir.⁶ Esto es, si nos dejamos llevar por el vértigo virtual, la Red plasmaría en cada uno de nosotros el sueño infantil de la omnipotencia, la resistencia a crecer.

3. Pero no sólo es su posible irresponsabilidad informativa aquello que amenaza a los *bloggers*. Si tomamos las bitácoras como literatura propiamente diarística, también puede darse un narcisismo incluso patológico. En cierta ocasión, Umberto Eco dijo que la página *Web* más extraña que había visitado era una en la que el responsable mostraba su esófago. Esto es, alguien, por vanidad incurable, creía que debía exhibir una parte de sus vísceras y, sobre todo, creía que había gente interesada en contemplar tan sublime espectáculo. El género diarístico es siempre una exposición del yo, una introspección sobre la identidad y sobre los efectos que el mundo externo provoca en la identidad personal. Alguien anota íntimamente lo que su exposición o su imaginación afiebrada le dictan: puede ser un relato escrito por un aventurero o el cuaderno de ruta que redacta el miembro de alguna misión científica; puede ser, sin más, un diario que cubre una vida y sus vivencias, con esforzada caligrafía. Cuando los diarios son verdaderamente íntimos, la confesión privada, el registro personal, lo que un observador contempla y le sucede, esas anotaciones descubren a un yo que se expresa, que

se pronuncia y que se forma en el proceso mismo de percibir y de escribir, de interrogarse y de apreciar el entorno que le rodea. Ahora bien, cuando el dietario se hace en público (o se escribe para ser publicado), el documento deja de ser íntimo, revelación secreta o impúdica de un individuo que se afronta a sí mismo o que somete a otros a escrutinio. Entonces, el dietario se convierte en una forma cautelosa y pudorosa de fabricación y exposición del yo, una de las maneras más contenidas y estratégicas de exhibirlo a partir de la escritura.

Piénsese que el diario es un género moderno, el colmo del individualismo y de la averiguación personal, el logro de quien indaga sobre sí mismo e inspecciona qué le constituye y qué es aquello que lo expresa. La literatura confesional es, en efecto, una escritura individualista, burguesa, que hace acopio de experiencias personales y que se basa en recursos de la tradición, colectivos. Saber lo que dice, pero sobre todo saber lo que no dice y por qué lo oculta o silencia nos ayuda a comprobar de qué modo los individuos modernos se describen, se definen y aluden al mundo externo que los rodea. Escribir de uno mismo no es exactamente igual a establecer un diálogo interior, más aún si tenemos en cuenta que no hay necesariamente un solo lector, sino que puede haber receptores varios, potenciales. Consultando el documento del diarista, tendremos siempre la impresión de que no fue redactado sólo para sí mismo y de esto se genera un cierto efecto de impostación e incluso de impostura, la propia de quien muestra con orgullo sus vísceras, su esófago.

4. Algunos analistas sostienen que la *blogosfera* es un organismo que se nutre de sí mismo, de los propios usuarios que a la vez son sus productores. Paradójicamente, pues, aquellos observatorios que sirven para otear la realidad, para diseccionarla, para comunicarla, pueden acabar siendo cubículos o nichos de los que ya no es preciso salir, interconectados como están en una Red de la que se abastecen. Así, aumentaría el número de *bloggers* hasta el vértigo, pero esas bitácoras no incrementarían necesariamente la calidad de sus informaciones ni sus audiencias ni su influencia externa. Permítaseme tratar esto empleando una metáfora. Un *blog*, además de ser como un dietario, es como

una vivienda. La casa tiene un propietario, pero no tiene ventanas ni gobernanta, y los picaportes de las puertas no atrancan: ésta es la razón por la que cada mañana, cada tarde y cada noche se cuelan nuevos convidados (que son los comentaristas anónimos o identificables que depositan sus juicios a lo que ha colgado el propio responsable de la bitácora), algunos verdaderamente airados, irritados con sus convecinos. «Qué vivienda es ésta», se pregunta el nuevo inquilino antes de hacer su incursión o de dejar su huella. Para algunos, como para Arcadi Espada, los *blogs*, al permitir los comentarios de los lectores, acaban siendo una gran conversación virtual, una plaza más o menos atestada por la que las opiniones circulan y en donde a nadie se le pregunta por sus credenciales.⁷ «Qué lugar es éste», insiste el lector. En realidad, no hay, no puede haber respuesta: sólo un espacio vacío que se llena diariamente y al que acuden los necesitados en espera de auxilio. Es allí (y en otros sitios) en donde hallan su ración cotidiana de información, de rancho, una comida económica, un restaurante para pordioseros dignos que se sienten solos, como lo son los lectores de los periódicos, como son las audiencias que comparten juicios, opiniones, noticias sin estar físicamente juntos, congregados.⁸ Allí, en el refectorio elevan la voz, proclaman a voz en grito qué esperan, qué desean, qué deploran. ¿Estaremos hablando de un establecimiento benéfico? No, sólo es una bitácora, un asilo.

Existe en la utopía del *blogger* la idea de que sólo existe lo que se escribe y se pone al alcance del público creyéndose así influyente, creyéndose que hay numerosos adeptos interesados por lo que éste comenta. Existe en la utopía del *blogger* «la supersatitación de que entre cada tarde y cada mañana ocurren hechos [y opiniones] que es una vergüenza ignorar», según decía un personaje de Jorge Luis Borges. Sin embargo, añadía, «todo esto se leía para el olvido, porque a las pocas horas lo borrarían otras trivialidades» o ruidos o infundios. Sin caer en diagnósticos expeditivos ni apocalípticos, creo, como decía Umberto Eco, que los libros o la lectura reposada, la demora, la memoria, son virtudes humanas a conservar. Debemos distinguir, pues, entre información, conocimiento y saber. La información es el acopio del dato bruto de la experiencia, la noticia y su percepción, cosa que

está cambiando con los *blogs*, ya que alteran el normal discurrir de los periódicos o de los medios acreditados. ¿Hasta qué punto esto modificará sustancialmente el orden informativo? Otra cosa bien distinta es el conocimiento, la pericia técnica, la destreza del experto o del sabio. ¿Por qué una opinión expresada en un *blog* es atendible? La firma es importante y la autoría es imprescindible, pero no porque el gran nombre justifique cualquier juicio, sino porque cuando lo damos, cuando nos identificamos, nos hacemos responsables de lo que conocemos y de lo que no conocemos. El saber —ah, el saber— es algo bien distinto de la información y del conocimiento de experto: es la prudencia analítica, la sensatez y el buen juicio, la sabia discriminación, cosa que depende no tanto del dato o de la técnica, sino de la cordura, de eso que los clásicos llamaron la *phronesis*. ¿En qué medida en los *blogs* podemos o podremos hallar información, conocimiento y saber? Eso es precisamente el enigma que el futuro nos resolverá.

Notas

¹ El País, 1/12/2004.

² <http://www.merriam-webster.com/info/04words.htm>

³ «Web of Influence», *Foreign Policy*, noviembre/diciembre de 2004. De uno de los apartados que se incluyen en el

ensayo de estos autores tomo el título de este artículo. Véase: <http://www.foreignpolicy.com/story/files/story2707.php>

⁴ «La fuerza de los blogs», *Foreign Policy*, edición española, diciembre/enero de 2005, págs. 42-50.

⁵ Me he extendido sobre estas cuestiones en Justo Serna, «¿Hay alguien ahí?», *El País*, Comunidad Valenciana, 19 de octubre de 2004. Este artículo suscitó numerosos comentarios en la Red. Pueden seguirse en mi página Web: <http://www.uv.es/jserna/Hayalguienahi.htm>

Sobre estas cuestiones, que aquí desarrollo, me he pronunciado también en declaraciones a la revista *iWorld*. Véase el informe (editado por Piedad Bullón) «El irresistible encanto de los Weblogs», *iWorld*, núm. 77 (diciembre de 2004). www.idg.es/iWorld

⁶ Hubert L. Dreyfus, *Acerca de Internet*. Barcelona, UOC, 2003, págs. 93 ss.

⁷ Sobre este asunto, véase Ramón González Ferriz, «Internet: Arcadi Espada. Diario de un inconformista», *Letras libres*, núm. 37 (octubre de 2004): www.arcadi.espasa.com/archivos/letras.htm Véase, además, la entrevista que le hice a Arcadi Espada para la revista digital *Ojos de Papel* (www.ojosdepapel.com). Puede accederse a ella a través de www.uv.es/jserna Sobre la blogosfera como área de conversación, véase, además, Rebecca MacKinnon, *The World-Wide Conversation: Online participatory media and International news*. The Joan Shorenstein Center on the Press, Politics and Public Policy. Working Paper Series.

Véase: http://cyberlaw.harvard.edu/home/rebecca_mackinnon

⁸ Eso ya lo sostuvo hace más de un siglo Gabriel Tarde en *La opinión y la multitud*. Madrid, Taurus, 1986.